

tre otras cosas) *de inquirir en la eternidad de las almas, y por cierto de creerla: entregábame todo á tan grande esperanza; y ya me enfadaba de mí mismo, despreciaba todo lo que quedaba de la edad aun con salud entera, por haber de pasar á aquel tiempo inmenso, y á la posesion de todo siglo.* Tanto pudo en este filósofo la consideracion de lo eterno, que le hizo despreciar lo mas precioso de lo temporal, que es la vida. En los cristianos debe causar mayor efecto, pues conocen que no solo pueden vivir eternamente, sino que han de gozar ó penar para siempre, conforme á sus obras y vida.

CAPÍTULO III.

La memoria de la eternidad es de suyo mas eficaz que la de la muerte.

Por esto importará mucho hacer vivo concepto de la eternidad, y despues de hecho tener continua su memoria; porque será de suyo mas eficaz que la memoria de la muerte, que si bien una y otra es muy importante, mas generosa es la de la eternidad, mas fuerte y mas fecunda de santas obras: por ella las Virgenes han guardado pureza, los Anacoretas han hecho severas penitencias, y los Mártires han padecido la muerte, á los cuales en sus tormentos no alentó el miedo de la muerte, sino el temor santo de la eternidad y amor de Dios. Los filósofos, aunque no esperaban la inmortalidad de la otra vida como nosotros, solo con la memoria de la muerte se retiraban de la vanidad del mundo, despreciaban sus grandezas, componian sus acciones, y ajustaban su vida á las reglas de la razon y virtud. Epicteto aconsejaba que se trajese siempre la muerte en nuestro pensamiento: *De esta manera, dice (1), no tendrás bajo pensamiento, no deseardás nada con ansia.* Platon decia que tanto mas sábio seria uno, cuanto mas vivamente pensara en la muerte; y así mandaba á sus discípulos que anduviesen descalzos siempre que hiciesen camino; significando en esto que en el camino de esta vida siempre habíamos de tener descubierta su extremidad y fin, que es el morir y acabarse todo. Mas los cristianos que tienen fe de la otra vida han de añadir la memoria de la eternidad; y por las ventajas que hará esta memoria á la de la muerte se podrá echar de ver lo que va de lo eterno á lo temporal. Por eso á los filósofos movia tanto la muerte; porque con ella se habian de acabar todas las cosas de la vida mortal: es el término hasta donde solamente pueden gozar los hombres de riquezas, deleites y honras, y con ella ha de cesar todo. Otros, que deseaban morir, era porque con eso habian de fenecer sus males. Pues si así espanta la muerte solo porque quita los bienes de la vida, los cuales por otras mil maneras suelen faltar, y son de suyo, aun antes de la muerte de su poseedor, precederos, y

(1) Epict. c. 18 ap. S. Hier. in c. 10 Matth.

en sí tan cortos y menguados, peligrosos, y llenos de cuidados y sobresaltos; y si la esperaron otros porque quita males temporales, aunque tan pequeños como son los de este mundo, ¿por qué no nos ha de mover la eternidad, pues asegura no solo bienes eternos, sino inmensos, y amenaza con males, no solo sin fin, pero excesivos? Sin duda, si se hace concepto de la eternidad, mucho mas poderosa es su memoria que lo es la de la muerte; y si de esta han tenido los hombres sábios tan notable memoria, y la aconsejaban á otros, mas se debe tener de la eternidad. Zenon, deseoso de saber un medio eficazísimo para componer su vida, refrenar los apetitos de la carne, y guardar las leyes de la virtud, consultó sobre ello á un oráculo, el cual le remitió á la memoria de la muerte, diciendo: Anda á los muertos, y consúltalos, y de ellos aprenderás cómo has de componer tu vida; porque viendo que los muertos ya no tienen nada de lo que tuvieron, y que juntamente con su vida espiraron todas sus felicidades, no las estimaria ni se ensoberbeceria con ellas. Por la misma causa bebían y comían algunos filósofos en cascos de hombres muertos, por tener continuo en la memoria que habian de morir, y no tener gusto de esta vida, aun necesario, que no corrigiesen con semejante recuerdo. Asimismo grandes monarcas usaron de la memoria de la muerte por antidoto de su fortuna, para que no fuese peor su vida que su prosperidad. El rey Felipe de Macedonia tenia mandado á un paje que le dijese cada mañana tres veces: *Felipe, hombre eres*; acordándole que habia de morir y dejarlo todo. El emperador Maximiliano I, cuatro años antes de morir, mandó le hiciesen su ataud, al cual llevaba consigo donde quiera que fuese, para que siempre le acordase otro tanto, y estuviese con voz muda diciendo: *Maximiliano, piensa que te has de morir y dejarlo todo.* Tambien los emperadores del Oriente, entre otras insignias de la majestad, traían en la mano izquierda un libro con las hojas de oro, al cual llamaban *Inocencia*, y estaba todo lleno de tierra y polvo, en significacion de la mortalidad humana, para acordarse con esto de aquella antigua sentencia: *Polvo eres, y en polvo te convertirás.* No fue sin mucha conveniencia estar en forma de libro este recuerdo de la muerte; para dar á entender de cuánta enseñanza y doctrina sea su memoria, y que ella sola es escuela de grandes desengaños. Tambien tenia misterio ser de oro, y traerlo en la mano izquierda, que es la que está mas junta al corazon; para notar cuán precioso es este desengaño, y como le hemos de tener esculpido en nuestra alma. Llámase con razon aquel libro *Inocencia*, porque ¿quién se atreverá á pecar que sabe se ha de morir? Ni los emperadores abisinos se descuidaron mas en esto (1); porque en su coronacion les traían entre otras ceremonias un vaso lleno de tierra y una calavera de muerto, advirtiéndoles al principio de su reinado

(1) Nicol. Gog. l. 1 de reb. Abyssin. cap. 8.

como habia de tener fin. Finalmente convinieron en esto todos los filósofos, que toda su filosofía era meditacion de la muerte.

Pero sin duda que hay mas que filosofar sobre la eternidad, y mas espantoso es haber de durar para siempre los tormentos del infierno que haber de acabarse presto los mayores imperios. Mas horrible cosa es haber males eternos que pasarse bienes temporales; mas maravilla es que sea nuestra alma inmortal que lo es que haya de morir nuestro cuerpo. Asi los cristianos, principalmente los que tratan de perfeccion, mas han de procurar hacer concepto de la eternidad que temer la muerte, cuya memoria no habian de haber menester para despreciar todo lo temporal; porque el primer paso, segun el consejo de Cristo, habia de ser este de renunciar todo lo que poseen, para que quitados los impedimentos de la perfeccion cristiana se empleasen en santas obras y ejercicios de virtudes, con la consideracion y memoria de la eternidad que les aguarda para premio de ellas. Habia de sonar en nuestro corazon muchas veces esta horrenda voz: *Eternidad, eternidad*; no solo has de morir, sino despues de muerto te aguarda una eternidad. Acuérdate que hay infierno sin fin, y ten memoria que hay gloria para siempre. Mas poderosa cosa será para que cumplas la ley de Dios acordarte que eternamente lo has de pagar, ó si la quebrantas, que lo has de pagar con dolores sin fin, que saber que han de acabar contigo los bienes y males de esta vida. Acuérdate, pues, de la eternidad, y resuene en lo mas íntimo de tu alma: *Eternidad, eternidad*. Por eso la Iglesia cuando consagra á los padres de ella, que son los obispos, les trae á la memoria esta tan eficaz y fuerte memoria de lo eterno, diciendo: *Estén en tu pensamiento los años eternos*, como lo hizo David. Y en la asuncion y coronacion de los pontífices, les quemán delante de los ojos un poco de estopa con las palabras: *Padre santo, así se pasa la gloria del mundo*; para que á vista de aquel resplandor breve y transitorio se acuerden de los ardores sempiternos. Y Martino V tomó por armas y blason una hoguera encendida, que llegaba á quemar en breve una tiara de pontífice, una diadema imperial, una corona de rey, y un capelo de cardenal; porque si no cumplen con las obligaciones de su oficio, arderán en breve por una eternidad en los infiernos, cuya memoria quiso tener siempre presente en este provechoso símbolo.

§ II.

El nombre de Isacar, á quien, como dijimos, bendijo su padre Jacob, porque se recostaria entre los dos términos de la eternidad, significa lo mismo que el que tiene memoria, y tambien el varon del premio ó paga, encargándonos con este misterio el Espiritu Santo la memoria de los premios eternos. Y para mostrar el Señor cuán preciosa es en su divino aca-
tamiento y provechosa para nosotros, mandó que se esculpiese ese nom-

bre *Isacar* en un precioso ametisto que traía el sumo sacerdote en el racional, la cual piedra fue tambien revelada á san Juan, que es uno de los fundamentos de la ciudad de Dios; y por ella dice san Anselmo que se significa la memoria de la eternidad, que es un principalísimo fundamento del edificio de toda nuestra perfeccion. ¡Oh como, pues, el pensamiento de la eternidad debe producir en nosotros una gran vigilancia! en efecto ¿qué cosa hay que la deba causar mayor que andar entre estos dos extremos de gloria ó pena eterna? ¿Qué cosa habia de hacer mas desvelarnos que correr este peligro de caer en el infierno? ¿Cómo pudiera dormir á quien solo le sirviese de puente entre dos altísimos peñascos un estrecho madero de medio pié de ancho, corriendo mientras pasaban vientos fortísimos, y viendo que se caía en un horrendo despeñadero? No es menor el peligro de esta vida, porque el camino para pasar al cielo es estrechísimo, los vientos de tentaciones vehementísimos, los riesgos de ocasiones frecuentísimos, los daños de los malos ejemplos grandísimos, los engaños de los ruines consejeros muchísimos. En evidentes peligros andamos; ¿cómo podrá un cristiano dormirse y descuidarse? Sin duda ninguna cosa es mas dificultosa salvarse, mirando á nuestra naturaleza depravada y las asechanzas del demonio, que pasar un hombre muy pesado sobre una cañaleja quebrada un caudaloso y precipitado rio.

Tambien el pensamiento de la eternidad es un antídoto eficaz contra el veneno de la culpa. En efecto, ¿con qué cuidado procurará librarse del pecado el que considere que por un solo pecado mortal se merece una eternidad de penas? Tambien el pensamiento de la eternidad es un lenitivo el mas suave contra la furia de las pasiones desordenadas. ¿Cómo, pues, será posible que pueda vengarse de su enemigo el que considere que con esto puede incurrir el odio eterno de todo un Dios? ¿Quién podrá entregarse á la avaricia y á la ambicion, si considera que por los bienes pasajeros de esta vida se padece miseria eterna en la otra? ¿Quién podrá entregarse á los gustos mundanos, si considera que por un placer de un momento se dan en el infierno tormentos sin fin? Finalmente, este gran pensamiento de la eternidad es fecundo de santas obras, porque ¿quién hay que si considerase con viva fe que por lo que es momentáneo y leve se da un peso de gloria eterna, no se anima á obrar cuanto pudiere, á padecer mucho y sufrir por Dios? ¡Oh cuán fecundo de obras heróicas es este santo pensamiento: *Espérame gloria eterna!* Los triunfos de los Mártires, las victorias de las Virgenes, las penitencias de los Confesores, efectos son de esta consideracion. ¡Oh santo pensamiento, que así haces vigilantes y atentos á los descuidados, así das sabiduría y juicio á los mas engañados, así sanas á los mas encancerados y corrompidos con el veneno del pecado; sosiegas las mayores tormentas de nuestras concupiscencias, fecundas en santas obras á los mas tibios y estériles de virtudes! ¿Quién hay que no procure tenerte y fijarte en su alma? ¡Oh

si los cristianos le grabasen en su corazon para que nunca le borrasen ni echasen de sí, cuán diferentemente vivirían! ¡Y cómo se les luciría en sus obras! Porque aunque la memoria de las cuatro postrimerías sea muy eficaz para reformar la vida, esta de la eternidad es como la quinta esencia, la cual en virtud contiene á todas.

CAPÍTULO IV.

El estado de los hombres en esta vida, y miserable olvido que tienen de la eternidad.

Antes que llegemos á declarar las condiciones de la eternidad, cosa tan necesaria para vivir santa y virtuosamente, pongamos delante de los ojos el olvido y engaño miserable de los hijos de Adán, de cosa tan importante, pues viven tan descuidados, amenazándolos por momentos la eternidad, y no distando de ella mas espacio de dos dedos, como dijo un filósofo. Porque ¿qué hay de los navegantes á la muerte, sino el grueso de una tabla? ¿Qué hay del colérico á la eternidad sino el filo de una espada? ¿Qué hay del soldado á su fin sino cuanto puede alcanzar una bala? ¿Qué hay del ladron á la horca sino lo que hay de ella á la cárcel? Finalmente, ¿qué distancia hay en el mas sano y robusto hasta la eternidad sino lo que hay de la vida á la muerte, que está muy inmediata, pues tantas veces sucede repentinamente y por momentos debe esperarse? La vida del hombre no es sino un camino peligroso que va á la orilla de la eternidad, y con certeza de caer en ella. ¿Cómo vivimos descuidados? ¿Qué abiertos llevaría los ojos, con qué tiento pondría los piés quien caminase juntamente á un grande despeñadero, no por mas ancha senda que cuanto cabian los piés, y esa llena de tropiezos? Pues ¿cómo los que andan cerca de la eternidad no atienden á su peligro?

Declaró bien san Juan Damasceno este riesgo y engaño de los hombres (1) con una ingeniosa parábola, en que nos propone al vivo el estado de esta vida. Dice que iba un hombre huyendo de un furioso unicornio, que solo con sus bramidos hacia temblar los montes y resonar los valles: huyendo de esta manera, sin advertir á dónde iba, cayó en una profunda hoya; pero al caer extendió las manos para asirse donde pudiese, y topó con unas ramas de un árbol que allí estaba, al cual se agarró fortísimamente, y se detuvo en él muy contento, pensando habia escapado con eso de su peligro. Pero mirando á la raíz del árbol vió á dos grandes ratones, uno negro y otro blanco, que le estaban continuamente royendo muy aprisa, y que ya estaba para dar de allí abajo él. Mirando despues el suelo de la hoya vió en ella un disforme dragon que

(1) In hist. Barb. in fin.

echaba fuego por los ojos, y le estaba mirando con aspecto terrible, la boca abierta, esperando que cayese para tragársele. Luego, echando los ojos á un lado de la pared de la hoya á que estaba arrimado aquel árbol, vió que tenian sacadas las cabezas cuatro ponzoñosos áspides para morderle mortalmente; pero mirando tambien á las hojas del árbol advirtió que algunas destilaban algunas gotas de miel, con lo cual él muy contento, olvidado de los demás peligros que por tantas partes le amenazaban, se estaba entreteniendo cogiendo gota á gota la miel, sin reparar en mas, ni haciendo ya caso de la fiereza del unicornio que estaba en lo alto, ni de la terribilidad del dragon que estaba en lo bajo, ni de la ponzoña de los áspides que estaban al lado, ni de la fragilidad del árbol que estaba para caer, ni del riesgo que él sentía de irsele los piés y despeñarse; porque todo esto le hacia poner en olvido una gota de miel, con la cual estaba todo ocupado cogiéndola y gustando de ella. En esta imágen veremos representado el estado de los hombres que, olvidados de los peligros de esta vida tan llena de ellos, se dan á sus gustos. Porque el unicornio significa la muerte, que desde que nace un hombre le sigue y va tras él; la hoya es el mundo, que está lleno de males y miserias; aquel árbol es el curso de la vida; los ratones que le roen, uno blanco y otro negro, son el dia y la noche, que sucediéndose continuamente le van por horas y momentos acabando; los cuatro áspides son los cuatro elementos ó humores que constituyen nuestra complexion, que en excediendo alguno se turba, y acaba toda la composicion humana, y con ella la vida; aquel horrendo y espantoso dragon es la eternidad del infierno, que está dilatando su garganta y boca para tragar los pecadores; la gotica de miel son los gustos y entretenimientos de esta vida, y es tan grande el divertimento de los hombres, que no advierten por un breve deleite á tantos riesgos como están expuestos, y viéndose cercados por todas partes de tantos peligros de la muerte, cuantos son los modos y causas que hay de morir, que son infinitos, y son otras tantas bocas ó puertas de la eternidad, se están saboreando en una gota de miel de un gusto momentáneo, que les ha de hacer echar las entrañas por los siglos de los siglos.

¡Pasma es el olvido que de esto tenemos! ¡Asombro es que no nos sobresalte este riesgo! ¿Cómo es esto que cada momento nos amenace una eternidad, y que nos descuidemos tantos dias y meses? Dígame el mas sano y robusto, ¿qué año tiene seguro de que no le acometerá la muerte, y le arrojará de un empellon al abismo eterno? ¿Qué digo año seguro? ¿Qué mes del año, y qué semana del mes, qué dia de la semana, qué hora del dia, y qué instante de cada hora tiene seguridad? Pues ¿cómo comemos descuidados, cómo dormimos seguros, cómo nos podemos holgar con gusto alguno de este mundo? Si uno entrase en un campo que estuviese todo lleno de asechanzas y trampas secretas, que en poniendo el pié sobre una habia de caer sobre alabardas y picas, ó en

la boca de un dragon, y viese á sus mismos ojos que otros hombres que con él habian éntrado iban cayendo en ellas y desapareciendo, él se estuviese danzando y corriendo en aquel campo sin recelo de nada, ¿quién dijera que aquel hombre no estaba loco? Por cierto, mas loco estás tú, pues viendo que tu amigo cayó en la trampa de la muerte, y que á tu vecino se le sorbió ya la eternidad, y que tu hermano se hundió ya en la hoya de la sepultura, tú te estás tan seguro como si no te esperara otro tanto. Aun siendo incierto el morir te habias de desvelar por cualquiera duda ó peligro que de ello tuvieses; ¿qué debes hacer siendo tan cierto que tarde ó temprano te has de entrar por la boca de la eternidad? Maravilla es cómo se previenen los hombres contra los peligros, aunque sean muy inciertos. Si oyen decir que hay salteadores en algun camino que roban á los pasajeros, ninguno pasa por allí sino armado y prevenido, y muchos juntos: si oye que hay pestilencias, busca muchos antídotos y contrapestes, y guardándose en cosas muy menudas: si sospecha que ha de haber hambre, previénese con tiempo de trigo. Pues ¿cómo, sabiendo que hay muerte, que hay juicio de Dios, que hay infierno, que hay eternidad, no estamos alerta, y no nos apercebimos? Abramos los ojos, y miremos el peligro en que estamos: miremos dónde asentamos el pié, porque no perezcamos, que es muy peligroso el estado de esta vida; y con razon le comparó Isidoro Clario (1) á un puente tan angosto que apenas caben los piés, debajo del cual esté un lago de aguas negras, lleno de serpés y fieras, y animales ponzoñosos, que se sustentan de los que caen del puente: á un lado y al otro hay jardines, prados, fuentes y edificios muy hermosos; pero así como seria locura del que pasase puente tan peligroso divertirse en mirar los prados y edificios sin tener cuidado con los piés, así es locura de los que pasan por esta vida pararse á mirar los bienes de ella sin mirar por sus pasos y obras. Añade Cesáreo Arelatense, que este puente tiene el mayor peligro en el fin, porque allí es lo mas estrecho de él y donde se viene á peligrar; y este es el paso estrechísimo de la muerte. Miremos en vida dónde asentamos el pié con seguridad para el cielo, porque en la muerte no le pongamos en vago, y perdamos la eternidad, á la cual viene á parar nuestra vida. ¡Oh eternidad, eternidad, qué pocos son los que se previenen para tí! ¡Oh eternidad, peligro de peligros, y riesgo sobre todos los riesgos, si se yerra el golpe! ¿Cómo no se aperciben para tí los mortales, y cómo no te temen? No hay peligro mayor que el de la eternidad, no hay riesgo mas cierto que el de la muerte: ¿cómo no nos apercebimos y armamos para ella? ¿Cómo no nos prevenimos de lo que será de nosotros mientras Dios fuere Dios? Esta vida presente ha de durar muy poco, las fuerzas nos han de faltar, los sentidos se nos han de entorpecer, las riquezas nos las han de quitar, las comodidades se nos

(1) Isid. Cl. juxta S. Greg.

han de acabar, el mundo nos ha de echar de sí: ¿por qué no miramos lo que ha de ser de nosotros despues? Á otra region nos han de enviar para muy de espacio: ¿por qué no miramos qué hemos de hacer allá?

Pues para que veamos esta nuestra suerte, y sepamos ser prudentes, diré otra parábola del mismo san Juan Damasceno (1). Habia una ciudad muy grande y populosa, cuyos moradores tenian esta costumbre de elegir por rey á un extranjero que no tuviese noticia de aquel reino y república, al cual por un año le dejaban libremente hacer cuanto quisiese; pero despues, cuando él estaba mas descuidado y sin recelo, pensando que habia de reinar toda su vida, llegaban de repente á él, y le despojaban de las vestiduras reales, y sacándole desnudo por la ciudad le llevaban á una isla muy léjos; donde venia á padecer extrema pobreza, sin tener que comer ni vestir, mudándole tan sin pensar su fortuna en todo lo contrario: sus riquezas en pobreza, su gozo en tristeza, sus regalos en hambre, su púrpura real en quedarse desnudo. Pero sucedió una vez que uno de estos que eligieron por rey era hombre muy prudente y astuto, el cual entendiendo por un consejero aquella mala costumbre de los ciudadanos y su notable inconstancia, no se ensoberbeció nada con la dignidad y reino que le habian dado; solo cuidaba de cómo habia de mirar por sí, para que despues de privado del reino y desterrado á aquella isla no pereciese de pobreza y hambre, cuyo destierro estaba por momentos temiendo. El consejo que tomó fue: mientras le duraba el reinado hacer pasar con gran secreto todos los tesoros de aquella ciudad, que eran muy grandes, á la isla donde habia de venir á parar. Habiéndolo hecho así, vinieron al cabo del año los ciudadanos con grande alboroto para deponerle de su dignidad y oficio de rey, como lo habian hecho con sus antecesores, y enviarle desterrado; él se partió para allá sin ninguna pena, porque habia enviado delante grandes tesoros, con los cuales vivió con mucha abundancia y grandeza, habiendo perecido de hambre los demás reyes. Esto es, pues, lo que pasa en el mundo y lo que debe hacer el que quiere ser prudente; porque aquella ciudad significa este mundo loco, vano, inconstantísimo, en el cual cuando piensa uno que reina, de repente le despojan de todo, y desnudo va á parar á la sepultura, cuando menos la esperaba, y mas ocupado estaba en gozar y entretenerse con sus bienes transitorios y caducos, como si fuesen inmortales y perpétuos, sin tener memoria alguna de la eternidad, á donde en breve le destierran, region tan léjos y apartada de su pensamiento, en donde va, sin pensar, desnudo y desamparado, para perecer con una muerte eterna, y solo vive para penar en aquella tierra de muertos oscura y tenebrosa, donde no entra luz, y solo hay sempiterno horror y lobreguez. Pero el prudente es el que considerando lo que le ha de suceder en breve, de salir despojado de este mundo, se pre-

(1) Damas. in vita Josaph.

viene para el otro, aprovechando el tiempo de esta vida para hallarlo en la eternidad, y con obras santas de penitencia, caridad y limosna traspasa sus tesoros á la region en que ha de habitar para siempre, ordenando bien aquí toda su vida. Pensemos, pues, en lo eterno, para que ordenemos lo temporal y logremos lo temporal y eterno. La consideracion de la eternidad entendi6 san Gregorio que estaba figurada en aquella despensa bien proveida de precioso vino, en la cual dice la esposa que la introdujo el esposo, y orden6 en ella la caridad; porque dice que cualquiera que con atencion algo profunda considerare en su ánimo la eternidad, se podrá gloriarse diciendo: Orden6 en mí la caridad, porque conservará mejor órden de amor amándose á sí menos, y más á Dios y por Dios; porque aun lo que le fuere más necesario de lo temporal no lo usará sino por lo eterno.

CAPÍTULO V.

Qué sea la eternidad, segun san Gregorio Nazianceno y san Dionisio.

Empecemos, pues, á declarar algo de lo que es inexplicable, y formar algun concepto de lo que es incomprendible, para que conociendo los cristianos, ó, por mejor decir, ignorando menos lo que es eternidad, tiendan de cometer una culpa, ó dejar una obra de virtud, estremeciéndose que por cosas tan pocas como las de la tierra desperdicien las que son tan grandes como las del cielo. Viendo Agripina romana el gran desprecio de su hijo, que derramaba el oro y plata como si fuese agua, dese6 corregir su prodigalidad, y una vez que mand6 dar cási la cuarta parte de un millon, hizo la madre juntar otra tanta cantidad de dinero, y extendida en unas mesas se la mostr6 toda junta, para que viendo con los ojos lo que montaba aquello que tan temerariamente habia maltratado, se moderase en sus grandes desperdicios. No tiene otro remedio el perdimiento y locura de los hombres sino ponerles delante lo que pierden y malbaratan por un gusto que se toma contra la ley de Dios; pues por lo que es muy pequeño pierden lo que es sumo, y por lo que dura un instante pierden lo que no tiene fin: por esto deben considerar qué sea no tener fin, qué es durar para siempre; qué es eternidad; pero ¿quién podrá declarar esto? Porque la eternidad es un océano inmenso, cuyo fondo no se puede hallar; es un abismo oscurísimo donde se hunde toda la facultad del entender humano; es un laberinto intrincado de donde nadie puede salir; es un perpétuo estar que carece de futuro y pasado; es un continuo círculo, cuyo centro está en todas partes, y su circunferencia en ninguna; es un grande año que siempre empieza y nunca topará con el fin; es lo que no se puede comprender, y siempre se debe aprender y pensar. Pero para que digamos algo, y hagamos alguna aprension de lo incomprendible, veamos cómo la definen los Santos. San Gre-

gorio Nazianceno no sabe qué decirse de lo que es, sino lo que no es; y así dice: *La eternidad no es tiempo, ni parte de tiempo*; porque el tiempo y sus partes se pasan, mas en la eternidad no se pasa ni se ha de pasar nada; porque todos los tormentos con que entra un alma en el infierno, tan enteros y vivos como fueren al principio, la han de atormentar despues de millones de años; y de todos los gozos con que entra el justo en el cielo no se ha de menoscabar alguno. El tiempo tiene de suyo traer costumbre y disminuir las cosas; porque lo que al principio pareció nuevo, despues disminuye su sentimiento; pero la eternidad siempre está entera, siempre es una misma, no pasa nada por ella: los dolores con que empieza en los condenados, despues de mil siglos serán flamantes y nuevos; la gloria que en el primer instante recibe quien se salva siempre le parece reciente. No tiene partes la eternidad, toda es de una pieza, no hay en ella disminucion ni menoscabo; y aunque los gustos de esta vida, que andan con el tiempo, sean de tal condicion que con el tiempo se disminuyen, ni haya en este mundo algun deleite que si durase mucho no se transformara en pena, y por el contrario, las penas con el tiempo se menoscaban y curan: muy al contrario es la tela que hace la eternidad, porque toda es uniforme, no tiene gusto que canse ni pena que afloje; y así conforme á san Dionisio Areopagita (1) la eternidad es inmutabilidad, inmortalidad, incorruptibilidad de una cosa toda existente, y en un espacio que no parece sino que siempre se está de una misma manera; porque, como dijo el Sábio, donde cayere el leño, allí quedará: si cayeres como tizon infernal en el profundo del abismo, siempre estarás allí ardiendo como caiste, sin que nadie te levante, mientras Dios fuere Dios: allí te estarás sin que te puedas volver de un lado á otro.

Es la eternidad inmutable, porque no se compadece con ella mudanza; es inmortal, porque no cabe en ella fin; es incorruptible, porque nunca tendrá disminucion. Los males de esta vida, por desesperados que sean de remedio, no carecen de este consuelo; que, ó con la mudanza se alivien, ó con la muerte se acaben, ó con la corrupcion se disminuyan: todo esto falta á los males eternos, los cuales jamás tendrán el alivio de mudarse, ni el remedio de acabarse, ni el consuelo de disminuirse. La mudanza de trabajo suele servir de descanso, y un enfermo, por congojado que esté, con mudar de lado se alivia; pero las penas eternas en un mismo punto y fuerza permanecerán mientras Dios fuere Dios, sin modo alguno de mudanza. El manjar más gustoso y saludable del mundo, que fue el maná, solo porque fue continuo vino á causar hastío y v6mito. Las penas que se continúan para siempre ¿qué tormento no causarán permaneciendo siempre de una misma manera? El mar tiene sus manguantes y crecientes, los rios sus avenidas, los planetas varios si-

(1) Cap. 19 de div. nomin.

tios; el año sus cuatro tiempos; á las mayores fiebrès les viene su declinacion, y el dolor mas agudo, en llegando á lo sumo, suele descrecer: solo las penas eternas no tendrán declinacion, ni verán sus ojos mudanza. El andar por el camino todo llano, que parece el mas descansado, suele cansar mas, porque le falta variedad: ¿cuánto cansarán los caminos de la eternidad, aquellos dolores perpétuos que no pueden mudarse, ni topar con fin, ni experimentar disminucion? Los que fueron los tormentos de Cain ahora cinco mil años, esos son ahora despues de pasados tantos siglos, y lo que son ahora, eso serán de aquí á otro tanto tiempo: sus partes compiten con la eternidad de Dios, y la duracion de su desdicha con la duracion de la gloria divina. Y mientras Dios viva ellos lucharán con su muerte, y estarán muriendo inmortalmente; porque aquella muerte eterna dura, y aquella vida miserable mata, porque tiene lo peor de la vida y de la muerte. Viven los miserables para padecer, y mueren para no gozar; ni tienen el descanso de la vida, ni el término de la muerte; sino para mayor tormento suyo tienen la pena de la muerte y la duracion de la vida. Mira, por el contrario, cuán dichosa suerte sea la de los que mueren en gracia, pues su gloria será inmortal, sin miedo de que se ha de acabar: su bienaventuranza inmutable, sin poderse envejecer: su corona incorruptible, sin haberse de marchitar: donde no pasará dia por los gozos: donde siempre el contento será nuevo, y su gloria reverdecerá por perpétuas eternidades: donde la bienaventuranza será siempre una misma, y la gloria, que ahora seis mil años tuvo san Miguel, tiene tan fresca ahora como el primer dia; y la que ahora tiene será tan nueva de aquí á seis mil millones de años como hoy.

CAPÍTULO VI.

Qué sea la eternidad, conforme á Boecio y Plotino.

Lleguemos á escuchar el parecer de Severino Boecio y Plotino, dos grandes filósofos, y el uno no menor teólogo, qué sienten acerca de este misterio y secreto de lo eterno. Definió Severino Boecio á la eternidad diciendo que era *una total y perfecta posesion de una vida interminable* (1): la cual definicion, aunque principalmente conviene á la eternidad de Dios, tambien se puede ajustar á la eternidad de las criaturas racionales que le gozan, porque tienen una total y perfecta posesion de bienes en una vida eterna que nunca se ha de acabar. Con razon la llamó posesion, por el cumplimiento de su gozo; porque la posesion es el mejor modo de gozar una cosa, el cual denota señorío pleno; porque el que tiene algo prestado ó en depósito, aunque goce de ello no es con la li-

(1) Lib. 3 de Cons. philosoph. pr. 6.

bertad del que lo posee. Dice mas, que esta posesion es total, porque es de todos los bienes, sin faltarle alguno; y es de todos juntos, sin ser menester para gozarse que sean unos despues de otros, porque todos juntos se pueden gozar. No tienen los bienes de esta vida esta tan noble condicion, porque aunque uno tuviese todos los bienes de ella no los pudiera lograr juntos, sino sucesivamente, yéndose unos y sucediendo otros. El emperador Heliogábalo, que fue quien mas quiso y procuró gozar de ellos, por mucha diligencia y prisa que se dió, apenas pudo lograrlos de una vez á tres ó cuatro juntos: mientras estaba en los banquetes no pudo atender á los saraos; y mientras estaba en los saraos no pudo atender á las fiestas de los espectáculos; y mientras se ocupaba en esto no se entretenia en las músicas; y mientras oia las músicas no pudo solazarse en la caza y montería; y mientras se deleitaba en la montería, no pudo cebarse en su sensualidad. Para gozar de unos gustos habia de dejar otros; de suerte que, aunque no los tuvo todos, porque le faltaron los que gozaban otros hombres particulares, aun de aquellos que pudo gozar, no los pudo gozar juntos. Mas al justo en el cielo no le falta bien, y teniendo todos los bienes, no ha menester sucesion para gozarlos, porque de todos goza juntamente. Es tambien perfecta la posesion de la bienaventuranza, por la seguridad que tiene de no poderla inquietar nadie: ninguno puede poner pleito sobre ella, ninguno la puede hurtar, ninguno la puede turbar.

Es tambien perfecta su posesion, porque se goza cumplidamente, no como los bienes de la tierra, que no se pueden gozar enteros, porque ó la distancia del lugar, ó la imperfeccion del sentido, ó la mezcla de algun dolor, cuidado, ó por lo menos la multitud de objetos y oposicion suya es causa de que no se gozan entera y perfectamente. Mas aquella bienaventuranza eterna toda se posee perfectamente, y se percibe enteramente su gozo, y se penetra y embebe en el alma todo lo esencial de su dulzura, la cual no puede menoscar mezcla de pena, ni sobresalto de cuidado, ni incapacidad de sujeto, ni distancia del sitio, ni grandeza de objeto; porque dolor ni cuidado no cabe allí, y el sujeto se eleva, y el objeto se acomoda, y por distancia y espacio no se proporciona su gusto y deleite eterno. Por todo eso dijo tambien Plotino (1) que la eternidad era una vida llena y toda juntamente; porque en ella estará lleno y cumplido cuanto hubiere de vida, porque estará lleno y vivo el sentimiento de todos los bienes con toda la capacidad del alma, y porque no habrá parte de vida en el hombre que no esté llena de dulzura, gozo y descanso. La vida de los oidos estará llena percibiendo concertadissimas músicas; la vida del olfato estará llena con la fragancia de suavísimos olores; la vida de los ojos estará llena apacentándose de toda hermosura; la vida del entendimiento estará llena conociendo al Criador; la

(1) Ennead. 3, lib. 7.